

# Firmas

## DESDE MI ONDA

JOSE M.<sup>a</sup> ALFAGEME  
Redactor jefe de la COPE

# La última vuelta del manubrio

**S**E todos es conocida la frase: *El hombre no es de donde nace, sino de donde paca*. Pues un servidor ha tenido la gran suerte de comer durante ya bastantes años la misma hierba que ha crecido en la tierra que me ha traído al mundo; y tanto una como la otra siguen estando en Madrid.

Sin caer en ningún tipo de nacionalismo (los madrileños no sabemos de eso), quisiera aprovechar estas líneas para recordar un sonido que desde hace ciento cincuenta años es el emblema musical de la ciudad: el organillo.

Cuenta Angel del Río, cronista de la Villa, en su libro *Viejos oficios de Madrid*, que el 3 de noviembre de 1850 se celebra una fiesta en el Palacio Real de Madrid en la que se baila por primera vez en España el chotis. Se le empieza a llamar la «polca alemana» y los entendidos de la época lo definen como «un baile ceñido y lento, de origen extranjero, pero que acabará identificándose con el espíritu de Madrid».

Y el binomio, organillo-chotis, se unen como el toro al torero o como la flor al aroma, dándose la paradoja, al igual que ocurre con el mantón de Manila, que ninguno de los dos nacie-



ron en Madrid. El toque de manubrio vino de Caserta y su abuelo musical, el chotis, de Escocia (ya les decía yo que los madrileños no sabemos de nacionalismos), y desde entonces no hace falta achuchar mucho para que cada merendero o verbena

instale un organillo. Para ser organillero es menester tener sangre de chotis y que el corazón vibre a los mismos compases del instrumento. Y esto en Madrid sólo lo ha conseguido un hombre: Antonio APRUZZESE. El, junto con su familia, llegó de Salamanca cargado con algunas piezas. Se instaló en la calle de San Andrés y desde allí, en pleno centro madrileño, se entabló el amor entre la urbe y el organillo.

Antonio APRUZZESE nos ha dejado. Se ha ido de puntillas para no molestar a los pocos organilleros que aún quedan, para no interrumpir el código del buen organillero: *Agárrese el manubrio por el pomo que de madera tiene, siempre entre los dedos índice y corazón de la mano, a ser posible la derecha, y enfrente del instrumento, mientras que la mano izquierda se apoya sobre la tapa para que los latidos del corazón se transmitan a las notas y así se halle mayor conjunción. Los músculos del organillero siempre*

*habrán de estar relajados para que no se fatiguen y puedan tocar durante mucho tiempo sin que les venga el cansancio.*

APRUZZESE se ha marchado. Su padre los fabricaba y él, fiel a la tradición familiar, se encargó durante muchos años de que no perdieran la compostura musical. Fue el maestro del organillo, el puntal de Madrid. Desde su taller en la Carrera de San Jerónimo, una vez acabada la guerra *incivil*, recibió a innumerables artistas, a embajadores y a los buenos vecinos. Compuso más de cuatrocientas partituras para los organillos, grabó discos, adaptó piezas y sintió, como nadie, los arpeggios, la voz sublime, la armonía.

Lamentablemente, ya no quedan muchos organillos en Madrid. Algunos, verdaderas piezas de museo, por las que pasaron las manos de Antonio APRUZZESE; otros, recompuestos y restaurados, aún endulzan a despertar alientos costumbristas, a poner emoción y la carne de gallina en ese chulapo que, de vez en cuando, baila sobre una baldosa. Pocos, pero todavía se pueden encontrar por los mesones del viejo Madrid organillos de verdad; de los mimados por APRUZZESE. Lo difícil ahora es hallar esa mano izquierda que con su codo nos transmite los latidos del corazón del organillo. Dos nos quedan, aunque ya les he per-



dido la pista: el maestro Izquierdo, organillero de sainete: bigote espeso, lentes redondas, camisa blanca, chaleco negro, pantalón ajustado, parpasa y safo, y junto al clavel reventón una insignia del Oso y el Madroño que le impuso el viejo profesor Enrique Tierno. Nadie le conoce por su nombre, sólo por su condición de organillero y madrileño: el maestro Izquierdo. El otro se llama Mariano, pasa de los setenta años y tira él mismo de un carrito sobre el cual lleva el pequeño organillo. Con dificultades en el oído y en el habla, a Mariano le es suficiente sus dedos índice y corazón para alegrar las esquinas de Madrid y pasar después la gorrilla. ¿Quién cogerá el relevo del organillo? Creo que estamos en la última página de uno de los libros más hermosos que, de puntillas, como casi siempre, Madrid ha escrito: organillo es la armonía de APRUZZESE. Quizá por eso en «El Bateo» se cantaba:

*Somos los organilleros,  
somos los pianistas de la capital  
que nos declaramos en huelga  
por necesidad.  
... Y en las verbenas tendrán que suplir  
nuestros giros de manubrio  
por el arpa y el violín,  
pero tenemos la seguridad  
que hacemos falta, por necesidad.*

Antonio APRUZZESE nos dijo que el organillo imita al canario cantando, pero el que canta es el Madrid de viejos barrios, el Madrid más profundo, que le debe a APRUZZESE el más fuerte y emotivo de los aplausos y, por supuesto, una calle en su honor, aunque sea la última vuelta del manubrio. ■

## EL DEFENSOR DEL ASEGURADO

RAMON TAMAMES. Economista

# El Defensor del Asegurado de Pelayo Mutua de Seguros ha cumplido un año

**En este artículo, el reconocido catedrático de Estructura Económica Ramón Tamames hace una breve reseña de la experiencia que ha tenido como Defensor del Asegurado, figura transferida de la terminología política al mundo del seguro.**

**L**A institución, puede decirse que en su corta vida ha adquirido una cierta madurez. Se basa en la ley, las condiciones contractuales de las partes y la equidad.

El servicio del *Defensor* a los clientes de *Pelayo* es independiente de la mutua, pues consiste en un arbitraje, entre las partes en desacuerdo, por el cual el *hombre bueno* emite un laudo de aceptación obligatoria para la mutua.

Las numerosas reclamaciones recibidas por el *Defensor del Asegurado* — casi un centenar — permiten analizar que el comportamiento de los españoles mejora, en un proceso de modernización típicamente europeo. Si bien se ha



detectado alguna que otra picardía, propia del Lazarillo de Tormes y su género literario, también puede destacarse que la gente ha aprendido a quejarse, exponiendo los hechos coherentemente, e incluso proponiendo sus soluciones. Somos más cívicos.

El *Defensor del Asegurado*, a través de averiguaciones, sin necesidad de rellenar decenas de cuestionarios burocráticos, ha llevado a término, durante 1995, 74 solicitudes. De los asuntos tratados, unos han sido de rápida solución; otros, sin embargo, han seguido un meticuloso proceso de estudio de exposiciones por las partes, de petición de pruebas, de revisión de documentos, nuevas alegaciones, etc.

Después de la corta pero intensa experiencia de 1995, podemos destacar que tanto los asegurados como la aseguradora han aceptado la inmensa mayoría de los fallos emitidos por el *Defensor*; y cuando no fue así por parte de los asegurados, siempre les quedó libre la vía contenciosa.

Si hacemos un pequeño balance de lo que ha sido este primer año del *Defensor del Asegurado*, podemos referir que el ramo con más casos fue el del automóvil, tal vez por ser el más popular; en cuanto a provincias, ocupan los primeros lugares del *ranking*, por razones obvias, Madrid y Barcelona; y por razón de sexo, tan de moda en estos tiempos, podemos decir que se quejan casi por igual mujeres y hombres. ■